

LUIS ENRIQUE OSORIO



**SED DE JUSTICIA**

**ALTA COMEDIA EN TRES ACTOS  
Y EN PROSA**

1921 — EDITORIAL DE CROMOS — BOGOTA

## DEL MISMO AUTOR

### DE TEATRO

*Flor tardía*.—Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá el 2 de diciembre de 1917.

*La sombra*.—Comedia dramática en un acto y en prosa, dividida en dos cuadros, estrenada en el Teatro Nacional de Caracas el 1.<sup>o</sup> de febrero de 1919.

*Al amor de los escombros*.—Comedia dramática en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro Ideal de Méjico el 27 de noviembre de 1920.

*Las raposas*.—Comedia dramática en tres actos y en prosa, estrenada en el Teatro Virginia Fábregas de Méjico, el 28 de septiembre de 1921.

*La culpable*.—Comedia dramática en tres actos y en prosa.

*Claridad*.—Alta comedia en tres actos y en prosa.

### DE NOVELA

*Primer amor*.—Ensayo de novela.

*Lo que brilla*.—Novela.

*Sueños fugaces*.—Novela corta.

*Malos ojos*.—Novela corta.

*La tragedia de los presupuestos*.—Novela corta.

*La bendición*.—Novela corta.

*Los desterrados*.—Novela corta.

*La mujer blanca*.—Novela corta.

### DE VERSO

*Frutos de mis andanzas*.—Recopilación de poesías, con epílogo de Dmitri Ivanovitch.

### TRADUCCIONES

*Out of the Ruins*.—(*Al amor de los escombros*), by M. Emanuel Kahn.

*Diamonds---Rubies* (Boceto de *Sed de justicia*), by M. Emanuel Kahn.

LUIS ENRIQUE OSORIO



# SED DE JUSTICIA



ALTA COMEDIA EN TRES ACTOS  
Y EN PROSA

• LA ACCION EN BOGOTA •  
EPOCA ACTUAL

ESTRENADA EN EL TEATRO MUNICIPAL DE BOGOTA  
POR LA COMPAÑIA GORELAT-FARREGAS  
EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1921



1921 — EDITORIAL DE CROMOS — BOGOTA





SEÑORA MARTA FÀBREGAS  
Primera Actriz de la Compañía  
Gobelay-Fàbregas.

#### PERSONAJES

LUZ.—Marta Fàbregas.

MARIO.—Juan Leal.

ANGELA.—Blanca Cubillos.

GUSTAVO.—Ricardo Alonso.

ELENA.—Lucia Iglesias.

TOÑO.—Carlos Chiappe.

SIRVIENTA.—Aura Cubillos.

(Derecha e izquierda, los del actor).

SEÑOR GONZALO GOBELAY  
Primer Actor y Director de la  
Compañía Gobelay-Fàbregas.



## ACTO PRIMERO

*(Sala modesta. En la pared del fondo un cuadro del Sagrado Corazón sobre una repisa llena de flores. Puertas practicables a la derecha y al foro. Ventana a la izquierda. Es de noche. (Visibles Angela y Mario).*

*Mario.*

Contestando al teléfono. ¿Con quién? Mucho gusto de oírlo....

Si está...a Angela. Mamá: te necesita Monseñor García.

*Angela.*

Apuesto a que es para hablarme de tu conferencia de ayer en la Plaza de Nariño. Te advertí que eso me iba a costar muchos dolores de cabeza.

*Mario.*

Si es para tocarte este punto, cuélgale la bocina.

*Angela.*

¿Aló?... ¿Con Monseñor?... ¡Cuánto gusto de oírlo! ... Aja.... *Sobresaltándose.* ¿Cómo? .... por Dios! .... Este muchacho me va a quitar la vida.

*Mario.*

Dame la bocina.

*Angela.*

Resistiéndose. ¿Que habló contra la religión? ... ¡No, Dios

mío! .... Cuánto le agradezco, Monseñor.... Dios se lo pague, Monseñor.... Mucho gusto de oírlo, Monseñor. *Cuelga.*  
Ya lo ves. Lo que me temía.... Dice que acaba de oír comentar en Palacio tus palabras y que gracias a su influencia no han procedido terriblemente contra ti.

*Mario.*

¿Cómo terriblemente?

*Angela.*

Me aconseja que no te deje salir de la casa en ocho días por lo menos y te haga ir cuanto antes del país...  
Tú me vas a matar, Mario; me vas a matar. Algo grave te piensan hacer.

*Mario.*

¿Por expresar en público mis ideas honradas en defensa del pueblo?

*Angela.*

Muy honrado es hablar mal de la religión, como tú has hecho.

*Mario.*

Dije que soy cristiano de corazón y de ideas; y que por eso me hallaba muy distanciado de los que proclaman a Cristo en teoría y en la práctica se desmienten.

*Angela.*

Tú vas a acabar con mi vida, Mario. Tan dijiste horrores, cuando Monseñor....

*Mario.*

Si él cree que he dicho algo erróneo, su deber es discutirlo

conmigo, oponer la razón a la razón. Es mi conciencia la que se ha extraviado, no la tuya.

*Angela.*

Esto ya me lo esperaba. Quién sabe qué será lo que intentan contra ti. Te van a poner preso. Te van a asaltar.

*Mario.*

No seas tonta. De sobra sabes que vivimos en un país libre.

*Angela.*

Yo me vuelvo loca.

*Mario.*

La persona que te acaba de hablar no pretendió si no traer la discordia a mi casa. Como no puede combatirme con razones, acude a la intriga, quiere crear me un conflicto de sentimientos, agujonear tu fanatismo para que yo por amor a ti me doblegue y eche por el camino del medio. Eso no lo logran.

*Angela.*

Yo sólo sé que si vuelves a hablar en público me matas.

*Mario.*

Con quien voy a hablar ahora mismo es con Monseñor.

**Toma la lista telefónica.**

*Angela.*

No, Mario. No me des un nuevo disgusto.... No, no....

Ten en cuenta que es un sacerdote.

*Mario.*

Por lo mismo. Quiero decirle que debe portarse de acuerdo con su dignidad.

*Angela.*

Tú no eres el llamado a juzgarlo. Eso no es cristiano.

*Mario.*

Cristo nos enseñó a juzgar y recriminar a los fariseos.

*Angela.*

No, Mario. Te lo pido de rodillas. ¡Por el poco cariño que me tengas!... No.... No.... Le raja la bocina. Ahí llega Toño. Gracias a Dios.

*Mario.*

Tiempo me sobra para hablarle claro.

*Entra Toño de la calle.*

*Toño.*

*A Angela.* Oye: que no se pase de mañana.... Buenas noches.... La besa. Que no se pase de mañana componer ese roto en la alfombra, a la entrada. De pronto se enreda ahí alguien y.... ¿Llorando? ¿Por qué?

*Angela.*

¿Por qué ha de ser? Por lo mismo de siempre. Ya conoces a Mario.

*Toño.*

¿Cuándo acabarás, Mario? ¿Es posible que te complazcas en atormentar a tu madre?

*Angela.*

Suponte que me ha llamado Monseñor García para contarme todos los horrores que dijo este niño ayer en su discurso.

*Toño.*

A mí todo el mundo me lo ha dicho hoy. No sólo haces el mal  
hablando barbaridades, sino que te pones en ridículo  
levantando tribuna en mitad de la calle como cualquier  
vende-específicos.

*Angela.*

Y para ofender a Dios, que es lo peor.

*Mario.*

Tengo la convicción de que he procedido de acuerdo con mi  
conciencia. He dicho honradamente lo que pienso. El lugar  
donde lo haya dicho no importa. Si pensar es delito, Dios ha  
deido hacernos a todos idiotas o descabezados.

*Mutis de Mario hacia el interior.*

*Toño.*

Nada se le puede decir ya. No sólo desprecia consejos, sino  
que se niega a escucharlos.

*Angela.*

Este hijo es mi cruz. Dios me lo ha dado para merecer la  
salvación.

*Toño.*

No te imaginas cuántos horrores ha dicho ayer al pueblo.

*Angela.*

Sólo me consuela pensar que un hijo de tantas lágrimas no  
puede perderse.

*Toño.*

Cómo habrá hablado cuando lo censuran hasta los mismos

periódicos en que él escribe. Saca un periódico. Escucha lo que dice *La Verdad*:

*Angela.*

*¿La Verdad? ¿El periódico prohibido? Pero ¿para qué lo compraste?... No. No me lo muestres porque me haces perder mi comunión de mañana.... Presta acá. Se lo raja mirando para otro lado. Esto no debe entrar a ningún hogar cristiano. ¡Qué horror! ¡La Verdad en mi casa!... Lo tira por la ventana; luego se vuelve a Toño con curiosidad mal disimulada. Cuéntame: ¿qué le dicen?*

*Toño.*

Le critican su apasionamiento. Cómo estaría de apasionado cuando la misma *Verdad* lo reconoce. Fue a decirle al pueblo,

entre otras cosas, que estaba abandonado del gobierno y de la ley y hasta de los mismos enemigos de la ley y del gobierno; que la administración del país era la más identificada con la moral religiosa y al mismo tiempo la que tenía mayor inmoralidad en sus finanzas.

*Angela.*

En eso quizá es en lo único en que tiene razón.

*Toño.*

Sí. Pero no debe decirlo sabiendo que yo soy empleado público. Suponte que me quiten el puesto. ¿Qué hacemos? ¿Nos morimos de hambre?

*Angela.*

Para lo que pagan.... Ya con este deben cinco meses de sueldo.

*Toño.*

Pero en un apuro no faltan amigos del gobierno que  
comprenden  
con un veinte o treinta o cuarenta por ciento de descuento.  
Y algo es algo. Peor es nada.

*Suena un timbre.*

*Toño.*

Llaman de la calle. Debe ser gente.

*Angela.*

Probablemente Luz y Elena. Quedaron de venir esta noche.

*Toño.*

No salgas tú a abrir. Para eso están las sirvientas.

*Angela.*

Abigaíl: están llamando.

*Suena el timbre otra vez.*

*Angela.*

Si nos ponemos a esperar a que ella venga no se abre  
nunca.

*Toño.*

Voy yo.

*Mutis de Toño hacia la calle. Se oyen voces simultáneas.*  
*Mario viene del interior.*

*Mario.*

¿Visita?

*Angela.*

Sí. No te encierres en tu cuarto, como de costumbre,  
porque  
ya da pena.

*Entran Luz, Elena, Gustavo y Toño.*

*Luz.*

*Besando a Angela.* Mi hija querida.

*Angela.*

Me parece rico que hayan venido. Besando a Elena. Mi china.... Gustavo: ¿qué milagro verle a usted aquí? Nos había echado la bendición.

*Luz.*

Vive el pobre tan ocupado.

*Gustavo.*

Imposible dejar de venir hoy a saludarlos.

*Angela.*

Cuánto le agradecemos.

*Gustavo.*

*A Mario.* Tú, Mario, hecho todo un orador.

*Mario.*

Un orador no. Un hombre de buena voluntad.

*Toño.*

Yo creo que este muchacho ha perdido el juicio.

*Gustavo.*

Son los años, los años. Yo fui de joven lo mismo que

él: un exaltado. Llegué a pensar que el mundo tenía remedio. Después sólo me preocupé por hacer dinero. Lo mismo le va a pasar a Mario.

*Elena.*

*A Mario.* ¡Uy!, qué cursi! Hablando en las plazas públicas. Y al pueblo. Eso no lo hace una persona de buena familia, como usted. Todo el mundo se lo ha criticado.

*Mario.*

Me prometo que en adelante no le hablaré sino a usted. Y al oído, para que nadie sepa de qué se trata.

*Elena.*

¡Que risa! Pero no vaya a decirme herejías porque le vuelvo la espalda.... Pasando a algo más importante: ¿Ya le invitaron a usted al matrimonio de Nelly?

*Mario.*

Sí. Me excusé.

*Elena.*

¡Qué tonto! Va a hacer algo regio. Dicen que hay invitadas más de cuatrocientas personas.

*Angela.*

A Luz. Está bello tu prendedor. No te lo conocía.

*Luz.*

Regalo de Gustavo. Me lo llevó esta tarde.

*Angela.*

¡Divino! Si así de generoso está hoy, cómo irá a portarse dentro de quince días, que es el aniversario del matrimonio.... Mira, Toño, qué divinidad de diamantes. Son un verdadero sueño.

*Toño.*

Una preciosidad.

*Gustavo.*

Los pedí expresamente para el aniversario, pero me pareció necedad guardarlos tanto tiempo.

*Luz.*

¿No se han fijado ustedes en los aretes que le regaló a Elena? Hija: muéstrales a Angela y a Toño el regalo de tu padre.

Yo le digo a Gustavo que ceda en su prodigalidad. No está tranquilo sin hacernos a cada instante regalos como éste.

*Angela.*

Están bellos, bellos, bellos.

*Mario.*

Yo, en el caso de usted, Luz, le pediría que me hiciese regalos de más mérito.

*Luz.*

¿Cómo?

*Mario.*

. Que invirtiera ese dinero que le sobra en aumentar los jornales de su fábrica. Así llevaría usted joyas en el corazón.

*Gustavo.*

Te diré una cosa, Mario: tus ideas son muy buenas para centros más grandes. Aquí todo es distinto. El medio es demasiado pequeño. Afortunadamente no tenemos problemas.

*Mario.*

No es que no los tengamos, sino que el que lleva la mejor parte pretende convertirlos en una enfermedad crónica e incurable.

*Angela.*

Sobre todo, este pueblo es muy ignorante. Todo lo que le dicen lo entiende al revés.

*Mario.*

¿Por qué es ignorante? Porque los gobiernos no se *han* preocupado de instruirlo.

*Toño.*

Aquí el pueblo no piensa sino en emborracharse.

*Mario.*

Porque quienes tienen obligación de velar por él no se ocupan de hacerlo pensar en otra cosa.

*Elena.*

Y es más feliz que nosotros, porque no tiene necesidades.

*Mario.*

Es que los ricos llaman necesidad lo superfluo y acostumbran al pobre a privarse de todo lo que necesita.

*Gustavo.*

Usted habla así, Mario, porque no tiene como yo experiencia. Al pueblo no puede dársele el pie porque se toma la mano.

*Mario.*

Lo que debemos darle no es el pie: es la mano.

*Angela.*

Levántalo, pues, levántalo, a ver si nos come vivos.

*Mario.*

Mientras trabaje no se comerá vivos sino a los ociosos.

*Angela.*

*A Luz y Elena.* Suspendamos la discusión. Vengan a quitarse los abrigos.

*Luz.*

Vamos, sí.

*Gustavo.*

Yo le digo adiós de una vez.

*Angela.*

¿Se va usted ya? Esta ha sido una visita de médico.

*Gustavo.*

Tengo que asistir a una junta en el club.

*Angela.*

Siento que nos deje tan pronto.

*Gustavo.*

Luz....

*Luz.*

¿Vienes por nosotras?

*Gustavo.*

Verdad.... No sé.... Espera.... Tal vez.... No.... Ya recuerdo. Creo que me desocuparé tarde. Para que estemos todos tranquilos, compromete de una vez a Mario. El te hará el favor de acompañarte.

*Mario.*

Con mucho gusto.

*Gustavo.*

Hasta mañana, Elenita.

*Elena.*

Hasta mañana, papá.

***Mutis de Angela, Luz y Elena hacia el interior.***

*Gustavo.*

¿Querrías hacerme el favor de acercarte mañana a mi oficina, Mario?

*Mario.*

Con mucho gusto.

Hemos de hablar despacio. Yo veo que has estudiado a fondo el problema obrero en el exterior; pero el sistema que empleas no resulta aquí antes de cien años. Creo que serías más útil a esa causa si procuraras conciliar intereses... Te pienso proponer como Secretario en la Liga de Fabricantes... con un buen sueldo.

*Toño*

Eso me parece una gran idea.

*Mario*

Yo no aceptaría, Gustavo. Sé que no llegaríamos a ponernos de acuerdo sino en el caso de que ese buen sueldo se convirtiera para mí en una necesidad.

*Gustavo*

Bien. Lo siento. Yo pensaba hacerlo con la más sana intención...

Adiós, pues.

*Mario*

Adiós, Gustavo. La sana intención te la agradezco inmensamente.

*Gustavo*

*A Toño* No te molestes, Toño. No salgas.

*Toño*

Tengo que ir a la calle. Se me olvidó comprar cigarrillos.

*Mutis de Gustavo y Toño hacia la calle. Mario queda pensativo, Sonriendo amargamente.*

*Elena regresa del interior.*

*Elena*

¡Hay! ¡Desesperante!

*Mario*

¿Qué sucede?

*Elena*

Ya está mamá nerviosa. Es imposible que pase un solo día

de buen humor.

*Mario.*

Su razón tendrá.

*Elena.*

Ninguna. Mamá es de las personas que, cuando no tienen penas, se las inventan. Hace días que está insoportable. De pronto la encuentro llorando sin saber por qué.... Pero ¿qué tienes? le pregunto. Y siempre me responde la misma cosa: nada. ¿Cree usted que éste sea suficiente motivo para vivir llorando a toda hora?

*Mario.*

Ay, Elena. Cómo se ve que usted ignora lo que es el mundo.

*Elena.*

¿Qué penas son las que puede tener mamá, una persona que cuenta con todos los elementos para ser feliz?

*Mario*

Esos mismos elementos son tal vez los que la hacen desdichada. El mundo es tan injusto, que las felicidades en él conquistadas llevan siempre el dolor, la amargura de su misma injusticia.

*Elena.*

Todo lo resuelve usted con el pesimismo de siempre, con su hipocondría.

*Mario.*

Cada vez que nos vemos me califica usted de peor manera. Primero era reservado, luego lunático, neurasténico y ahora

hipocondríaco.

*Elena.*

Y mañana buscaré un calificativo peor aún. Día a día se halla usted más intolerable. Y antes no era usted así. Antes de irse a rodar por esos mundos era usted distinto.

*Mario*

Era distinto, en verdad. No lo niego. Me lancé al mundo con el entusiasmo y la nobleza de los veinte años creyendo que iba a conquistarlo. Llevaba las alas abiertas y los ojos vendados... Cuando tuve que afrontar la vida, cayó la venda de mis ojos y vi

Tanta mezquindad que mi conciencia se rebeló contra todo y sentí

Sed de justicia.

*Elena*

Cuando Dios hizo así el mundo es porque así debe ser.

*Mario*

Y cuando nos dio libertad y conciencia es porque debemos perfeccionarlo.

*Elena*

Usted siempre por las nubes. Créame, Mario, que eso lo perjudica.

Todo el mundo dice que usted es muy raro. Y así, ¿de qué le sirve

¿Tener un gran talento?

*Mario*

No tengo más que mi honradez.

*Elena*

Un gran talento. Eso nadie lo niega.

*Mario*

Usted lo pone en duda.

*Elena*

Por el contrario. Creo en usted más que nadie. Tomando una de las manos de Elena. ¡Ah! Si hallara yo Una mujer que creyera en mí.... Usted no me comprende, Elena.

*Elena.*

Si hay alguien que lo comprenda soy yo.

*Mario.*

¿Le agradan a usted las ideas que proclamo en defensa de los menesterosos; en defensa de la mujer, en contra de todos nuestros prejuicios, en....

*Elena.*

¡Ah, no! ¡Eso no! Usted es un gran talento, pero sus ideas me parecen todas absurdas. Lástima que a una persona de la inteligencia de usted le dé por hablar tantas barbaridades, y sobre todo tantas herejías.

*Estas palabras producen una indiferencia repentina en Mario, que suelta la mano de Elena y sonríe compasivamente....*

*Luz regresa del interior.*

*Luz.*

Vivo apenada con usted, Mario. Le hemos convertido en nuestro paje. Siempre que venimos aquí tiene usted que irnos a llevar a casa.

*Mario.*

Quisiera por lo mismo verlas a ustedes aquí todos los días.

*Elena.*

Mamá: • ayúdame a convencer a Mario de que debe dejar esas ideas que tanto lo perjudican.... A Mario. En mi concepto lo que usted necesita es.... digámoslo claro: enamorarse, para que tenga algo serio en qué pensar,

*Mario.*

Tendría que irme fuera de aquí.

*Elena.*

¡Ay, qué amable! Para un hombre tan elevado como usted las mujeres de acá nada valemos.

*Mario.*

Vale mucho nuestra mujer, porque sabe amar; pero hay gentes a quienes les conviene que no se piense y la han convertido en instrumento de su egoísmo. La mujer nos atrae con amor, nos subyuga con amor, nos hace callar por amor, nos obliga por amor a que cada uno sea una oveja más de este rebaño atrasado....

*Elena.*

Al menos nos reconoce que tenemos corazón.

*Luz.*

¡Demasiado corazón!

*Mario.*

Pero el hombre comprende que con el corazón le han esclavizado la inteligencia y él a su turno las hace esclavas de sus pasiones. Contempla impasible la miseria que nos rodea, los vicios que nos degeneran, y se deja arrastrar por ellos. La corrupción social no le preocupa mientras tenga un hogar puro donde la ley del corazón manda y le obliga a ser un convencional, sabiendo que a cualquier hora hay muchas manos dispuestas a absolverle sus culpas.... Así se vive en paz, sosteniendo que en nuestro medio, por lo que es tan pequeño, no hay gentes corrompidas ni grandes problemas.

*Luz.*

Según usted, es la mujer la que tiene la culpa de todo.

*Elena.*

Afortunadamente otros opinan lo contrario. Muchos que han viajado tanto como usted y quizá más, reconocen que las mujeres de este país son las primeras de todas.

*Mario*

Lo reconocen por cobardía. No porque admiren a nuestras mujeres, sino porque temen a las otras, que ya van adquiriendo conciencia de sí mismas y saben volver por sus derechos. Nuestros hombres, nuestros grandes hombres, acostumbrados a refrenar sus ideas y desenfrenar sus pasiones hallan su ideal en las pobres satélites que esperan cohibidas por el temor a Dios y el temor a la sociedad, indefensas, preparadas siempre para el

sacrificio.

*Luz.*

Desdichado de usted si cae en manos de una mujer que  
desconozca  
esos frenos.

*Mario.*

No son frenos, Son grillos.

*Elena.*

Muy seria ¡Uy! Me muero de risa.

*Mario.*

Ustedes no lo notan, porque el hombre se los pone suave y  
astutamente, convenciéndolas de que esos grillos son  
alhajas enviadas por Dios.

Luz

Que hay injusticia, sí la hay.

*Mario.*

Sí. La mujer se da cuenta de la injusticia, pero no del  
derecho que tiene para rebelarse...

*Luz.*

Con todo, el cielo para nosotras tiene que ser muy grande.

*Mario.*

Más grande sería si llevaran el mérito de haber hecho  
justicia. La abnegación es bella, pero las lágrimas que se  
derraman en silencio nada purifican porque nada remedian.

El llanto nunca ha roto cadenas.

*Elena.*

Quizá en eso tenga usted razón. Siempre he dicho que los hombres son muy malos.

*Mario.*

No todos, Elena. Hay como yo unos pocos sinceros que vamos por la vida sin ocultar lo que pensamos ni lo que sentimos. Nos acompaña la verdad desnuda y todos se escandalizan de esa vergonzosa desnudez.... Nos llaman los raros, los locos.... La verdad ha sido siempre la más grande de todas las locuras.

*Pausa medidoliva,*

*Elena.*

Entre sonriente y emocionada. Ha dejado usted a mamá pensativa.... Mamá: ¿en qué piensas? Trata de reír Si vieras la cara que estás poniendo. Suelta a reír.

*Angela regresa del interior.*

*Angela.*

¿Las he dejado solas mucho tiempo? Perdónenme; pero si no soy yo misma quien saco el té, las sirvientas Todo lo hacen al revés. Desde que le andan diciendo al al pueblo que la gente decente le roba, el servicio está in- aguantable. No se le puede decir nada a una sirvienta, porque le contesta a una con dos piedras en la mano.

*Elena.*

¡I Dichosos tiempos!

*Angela.*

¿Sigues nerviosa?... ¿Estabas llorando? *Luz.*

*Elena.*

Deja los nervios, mamá.

*Angela.*

¿Que ha sucedido?

*Elena.*

¡Que ha de sucederle! Le advierto a Mario que mamá está nerviosa y sin embargo ha de ponerse a mortificarla diciendo herejías.

*Angela.*

parece mentira, Mario, que no quieras complacerme. Di todos los horrores que quieras, pero donde nadie te escuche. Llevándose las manos a la cabeza. Sí Dios no me oye, éste hijo me vá a quitar la *vida*.

*Elena.*

Ellos no son incrédulos sino por hacerse los interesantes. Pero a la hora de la muerte están pidiendo a cuatro manos al confesor.

*Ángela.*

¿Dios mío por qué habré tenido yo un hijo así? Dios tiene que oír mis *oraciones* y traerlo al buen camino.

*Mario.*

¿Soy acaso un perdido?

*Angela*

Ya sé que no.

*Mario.*

¿No es correcto mi proceder? ¿No amo al prójimo como a mí mismo?

*Angela.*

Que me importa que todo eso sea cierto si nunca te veo cumplir con tus deberes religiosos.

*Mario.*

¡Ah! Tú preferirías que me fuese a acusar todas las mañanas de una falta cometida todas las noches.

*Angela.*

No. Eso no. Pero sí que te acusaras algunas vez de los absurdos que vives diciendo a toda hora.

*Mario.*

Si Dios me dio inteligencia es para que haga uso de ella. Si me equivoco es porque no la hizo infalible y no tengo por tanto la obligación de estar siempre en lo cierto.

*Angela.*

Al infierno se ha de ir usted de cabeza con toda su sabiduría.

*Elena.*

Mario: ya está usted muy grande para que mortifique a Angela de esa manera. Venga acá. Dígame a mí todo lo que piense, pero a ellas déjelas en paz.

*Mario.*

**Vamos, pues.**

*Elena.*

A mí puede decirme todas las locuras que quiera, porque ni me convence ni le atiendo. Hago de cuenta que es un loco el que habla.

*Mutis de Elena y Mario hacia el interior.*

*Angela.*

Vienes hoy demasiado triste. Algo te ha sucedido.

*Luz.*

Nada. Es tan sólo lo que tú dices: nervios. Me puse a pensar en lo pronto que han pasado veinte años; me impresionó verme al espejo las primeras canas y hallar a Elena igual a un retrato mío en vísperas de casarme. Superficialidades que me han hecho llorar sin motivo, sin quererlo.

*Angela.*

Tú no eres sincera. No me quieres decir la verdad. Hoy tienes algún resentimiento con Gustavo.

*Luz.*

¿Con Gustavo? Nunca lo he tenido. No creo que exista un hombre más cariñoso y bueno de lo que es él para conmigo. Se desvive por mí. Vive pendiente de mi menor capricho. A veces me siento avergonzada de todo lo que despilfarra para darme gusto.

*Angela.*

Lo mismo me sucede con Toño. Es tanto lo que me obsequia que me veo obligada a robarle siempre dinero de aquí y de

allá, de manera que no lo note, para sorprenderlo de cuando en cuando con un regalito.

*Luz.*

Es mucho lo que Gustavo me quiere, mucho. No le gusta sino estar conmigo a toda hora. Yo me veo obligada con frecuencia a darle el sombrero y echarlo fuera de casa. «Vé, hombre—le digo.— Paséa un poco. Diviértete». Así he logrado habituarlo a que vaya al club todas las noches.... Si supieras lo ilusionado que está con nuestro aniversario. Elena le ha pedido un baile y no omite gasto para prepararlo.... Anoche llegó a las diez del club, entró en puntillas, me tapó los ojos, me besó....

*Angela.*

**Deleitada.** Parece cosa de Toño.

*Luz.*

Empezó luego a hablarme del tiempo que había transcurrido: veinte años, sin que tuviéramos nunca un sí ni un no.... Nos pusimos a hacer planes para cuando llegue el aniversario y está más entusiasmado que un niño...

*Angela.*

Lo que tú tienes no es un simple ataque de nervios. ¿Porqué me ocultas la verdad? Dime francamente: ¿dudas de Gustavo?

*Luz.*

¿Dudar de él? ¡Nunca! ¿Lo preguntas por lo que no se quedó con nosotros? Me consta que tenía un compromiso anticipado en el club. Yo misma recibí la notificación.... Aún más: cuando supo que nos veníamos para tu casa, estuvo a punto de quedar mal; pero yo no se lo permití.... Por cierto, que ahora me pesa. Yo misma me proporciono sufrimientos.

*. Angela.*

Te pasa lo mismo que a mí. Por lo mucho que quiero a Toño me hago desgraciada. Sufro al separarme de él aunque sepa que va a regresar a los cinco minutos. Le quiero tanto que me parece mentira que exista el amor fuera de nosotros.

*Luz.*

No le quieres más de lo que yo a Gustavo. Yo lo quiero hasta el exceso, con toda mi vida, porque para mí la vida es él. Se enjuga las lágrimas.

*Angela.*

Es tanto lo que yo quiero a Toño, tanto, que en cierta ocasión—no me lo creerás—llegué a tenerle presente hasta en mis oraciones. Y vez hubo en que, mientras rezaba, caía en la cuenta de que mi fervor no era otra cosa sino que estaba pensando en Toño.... Procuraba recoger- me, desechar la idea de mi esposo como la del enemigo malo, y entonces perdía la devoción. Acabé por pensar que amaba más a Toño que a Dios y me entró un remordimiento, hija.... El primer mandamiento me daba vueltas a toda hora en la cabeza.

*Luz.*

¿Cómo te arrancaste ese escrúpulo? Porque no hay nada más difícil. En cuanto sé nos mete un escrúpulo, ya tenemos para desesperarnos.

*Angela.*

Me fui a mi confesor y le dije, pan pan, vino vino, lo que me pasaba...con un miedo, hija, de que me fuera a negar la absolución.... Y, ¿creerás que sucedió lo contrario?

*Luz.*

¿Qué te dijo?

*Angela.*

Me parece escucharlo.... «Estás en un error—me dijo. — Ese es un pecado que te redime de todos los demás que hayas cometido en tu vida, y en penitencia debes seguirlo cometiendo» ... Me aseguró que amaba a Dios sobre todas las cosas, porque mi marido y mi hogar eran para mi el símbolo de Dios sobre la tierra.... Salí de allí, Luz, que no me cabía la dicha en el cuerpo. Desde entonces descolgué de la pared de mi alcoba el santo de mi devoción y puse, en cambio, el retrato de Toño. ¡Buena cara hizo cuando se vio sustituyendo al Cristo de Limpias!...

Por supuesto que yo nada le dije. ¡Qué locura! Se habría burlado hasta hacerme rabiar.... Si acostumbramos a decirle al marido todo lo que nos pregunta y nos dice el confesor....

*Luz.*

¡Uy! ¡Cállate! ¡Cállate!

*Angela.*

Ahora todas las noches le rezó a él, a Toño, con una oración propia, una oración que me sale de muy adentro y que no podría expresar claramente con palabras. Y me siento luego tan contenta que me parece ver a Dios en todas partes, y que las parásitas del patio al mecerse me dan bendiciones.... Pero, ¿sigues llorando?.... Dime la verdad. ¿Qué es lo que te pasa?

*Luz.*

Tengo la desgracia de ser demasiado sensible.

*Elena regresa a toda prisa con las manos en los oídos.  
Mario la sigue.*

*Elena.*

¡Qué horror! ¡Qué horror! No quiero oírle más. Usted está excomulgado.

*Mario.*

¿No me aseguró usted que me oiría sin hacerme caso, como si fuera un loco?

*Angela.*

Parece mentira que no valga ni suplicarle. Qué deseo de atormentarme la existencia.

*Elena.*

Dice que todos los hombres nos engañan. Le pregunto si opina lo mismo de mi papá y del suyo y responde que no cree en la santidad de ninguno de los dos.

*Angela.*

¡Monstruo! Sólo le faltaba blasfemar contra el mismo que le ha dado el ser. ¿Habrá un hombre más santo que su padre? Dios mío: parece que Mario tuviera dentro al demonio.

*Regresa Toño.*

*Toño.*

¿Qué sucede ahora?

*Angela.*

Pregúntaselo a Mario a ver si es capaz de decírtelo.

*Toño.*

Pero, ¡Mario!....

***Angela.***

*Haciendo mutis hacia el interior.* ¡DÍOS mío! ¡DÍOS mío! Si ha de ser un perverso, llévatelo. Prefiero verlo muerto.

***Elena.***

Siguiéndola. No es para tanto, Angela.

*Mutis de Angela y Elena.*

***Toño.***

¿A esto has regresado? ¿A convertirle a tu madre su propia casa en un infierno? ¿Qué trabajo te cuesta callar, por lo menos aquí, todo lo que piensas? Si has de seguir así, mejor sería que....

***Mario.***

No lo digas. No te preocupes. Me iré otra vez. Yo no sé callar, y aquí es donde menos puedo ser hipócrita.

*Mutis de Toño hacia el interior.*

***Mario.***

Me iré, Luz, me iré. La verdad es algo peor que una locura, es un crimen. Los que piensan con su cabeza y sienten sed de justicia, no tienen derecho a padres, ni a hogar, ni a tranquilidad.

***Luz.***

Debía usted callarse. Es inútil arar en el agua.

***Mario.***

No puedo, Luz, no puedo. La verdad me ahoga y tengo que echarla fuera.

*Luz.*

Pero así va a matar usted a la pobre Angela. Hay muchos que quisiéramos no sólo hablar, sino gritar. *Suspira.* Pero callamos y fingimos porque todo es inútil.

*Mario.*

No todo es inútil, Luz. Lo que pasa es que a usted la tiene vencida el corazón, y yo me rebelo contra él. Sé que cada palabra mía es un puñal que atraviesa el corazón de mi madre, porque alguien, a quien no le conviene que yo hable, la pone en contra mía para lograr así mi silencio. Pero mi cabeza se resiste a ser esclava del sentimiento. La conciencia me dice que hable. Si hay aquí una tragedia, no soy yo el culpable. ¡Son ellos!

*Luz.*

*Súbitamente aterrorizada. ¿Cómo? .... ¿Quiénes? ...*

TELÓN  
ACTO SEGUNDO

*Sala amplia y lujosa en casa de Luz. Cuadro suntuoso del Sagrado Corazón. Es de noche y están a medio encender las arañas eléctricas. Balcón. Puertas practicables a todos lados.*

*Luz, Angela y Elena se hallan tomando el té en una mesita chinesca. Una sirvienta entra y sale atendiendo al servicio.*

*Elena.*

Acabe usted con su té, Angela. Estos bizcochos nolos ha probado usted.

*Angela.*

Muchas gracias.

*Elena.*

Tu, mamá, no has tomado nada.

*Luz.*

No tengo apetito.

*Un reloj da la media hora.*

*Angela.*

Oigan ustedes: las once y media. Es hora de que Toño y Mario hubieran venido por mí.

*Elena.*

No se afane usted. Ya llegarán.

*Angela.*

Las voy a trasnochar a ustedes demasiado.

*Luz.*

Por eso no te preocupes.

*Elena.*

¿Toma usted otra taza, Angela?

*Angela.*

No, no, no. Imposible. Gracias.

*Elena.*

No me contestó al fin la pregunta que le hice. ¿Ya le acabaron el traje para el baile?

*Angela.*

En eso estoy. Toño quería comprarme uno, pero no se lo he permitido. ¡Está el pobre en tan mala situación! Preferí arreglar una saya que tenía por ahí dada al olvido. Estaba pasadísima de moda, y hubo que anchar la cintura y desbaratar las alforzas y cambiar el estilo de las mangas. Pero ha quedado inconocible.

*Luz.*

La que ha hecho un traje divino, divino, es Olga.

*Elena.*

*¡Ay! ¡Divino!* No puede imaginarse usted, Angela, que divinidad.... Azul.... Una falda delantera y sobrefalda que es de encaje Valencienne.... Y el corpiño, ¡no me diga! De escote bajo, con un lazo a la derecha y un drapeado que hace las veces de cinturón. Divino, divino, divino.

*Angela.*

Lástima que no hubiera podido darse el baile hoy, es la fecha precisa del aniversario.

Hice todo lo posible para lograrlo, pero a la fuerza hubo que transferir. Hoy es el día en que más fiestas ha habido. Recibo en una legación, el baile de las Pintos, los dos matrimonios. Mucha gente se hubiera excusado y habría sido una lástima.

*Luz.*

A mí me alegra que no hubiera sido hoy. Los aniversarios me parecen demasiado tristes.

*Angela.*

No digas eso. Si algún día hay feliz para mí es aquel en que

cumplo años de casada. Lo espero siempre con verdadera ilusión. Meses antes ya estoy pensando en el regalo que he de hacerle a Toño y en la sorpresa que él me dará.

*Elena.*

¿No ha visto usted mi traje todavía, Angela?

*Angela.*

No. Luz me lo estuvo ponderando. Tráigalo, Elenita.

*Elena.*

No me tiene del todo satisfecha. Mamá dice que es capricho mío, pero yo.... no sé.... Me gustaría más que fuera de gasa dorada, y menos recargado de adornos.

***Mutis de Elena.***

*Angela.*

cómo está de alborotada! Pero has de saber que yo también. Poco me entusiasma la sociedad a mis años y con lo retraída que soy; pero lo que es a esto no faltaré.

*Luz.*

No sabes la pereza que le tengo. Sí no fuera por Elena, me encerraría donde nadie supiera de mí, donde pudiera olvidarme de todo, hasta de mí misma ¡Qué horror, Angela; qué horror!

*Angela*

¿Estás preocupada por lo que Gustavo no ha venido en todo el día? El hombre no es como nosotras, que hemos de dar a los aniversarios una importancia que no tienen. Para él es un día como cualquiera otro. Y si nos damos a desesperarnos por es indiferencia, mi hijita, sólo Dios sabe

a dónde iríamos a parar.

*Luz.*

Tienes razón... No. Yo sé que Gustavo ha estado ocupadísimo. No logró tener hoy un momento libre.

*Angela.*

Luz: alza la cara. Estás haciendo esfuerzo para no llorar....  
Mírame.

*Luz.*

No.... Si.... no puedo más. Quiero llorar, gritar.

*Angela.*

¿Por qué?

*Luz.*

¡Qué desgracia, Angela; ¡qué desgracia! No puedo soportar más esto!.... ¡Angela!

*Angela.*

¿Es algo de Gustavo?

*Regresa Elena con el traje en los brazos.*

*Elena:*

Aquí está.

*Angela,*

¡Ah! ¡Elegantísimo! Va a dar golpe.

*Elena.*

No me satisface. Mañana voy a ponerme de oficio a pensar en los adornos que debo quitarle, pausa. Angela: había olvidado preguntarle si Mario se aguardará al baile. Tiene usted que exigírselo.

*Angela.*

¡Ay! No me hablen ahora de ese viaje. Cada vez que me lo recuerdan siento el afán más espantoso.

*Luz.*

¿No has logrado que Mario prescinda?

*Angela.*

Todo lo que le he suplicado ha sido en vano.

*Elena.*

¿A dónde se va?

*Angela.*

El mismo no sabe. Se ya al azar, como antes. Dice que en ninguna parte le falta un pedazo de pan a quien tiene dos brazos y un poco de iniciativa. Yo no sé. Como en mi vida he salido de aquí, todo lo desconozco; pero me da tal miedo que vuelva a rodar a la ventura, que se enferme lejos de aquí, en tierra extraña. Vuelvo a vivir en eterno sobresalto. A todos nos manda Dios nuestra cruz.

*Luz.*

De fijo que le irá muy bien.

*Elena.*

. No me explico qué va a buscar en otra parte, si aquí nada le falta.

*Angela.*

Eso le digo yo; pero Mario no atiende consejos. Si Dios no me da fuerzas para soportar esta prueba, la pena acabará conmigo.

*Luz.*

Casi todas las horas que vivimos han de ser de resignación.

*Elena.*

*Colocando cuidadosamente el traje sobre una silla y  
mirándolo.*

Pero ¿se aguardará al baile?

*Angela.*

Creo que no. Partirá antes de quince días... No quiero pensar más en eso. Lo que más me aterra es que acabará de pervertirse por allá... Que sea por Dios. Todo lo pongo en manos de él. Que me reciba esto en descuento de mis pecados.

*Entra Mario.*

*Mario.*

Buenas noches.

*Angela.*

¡Cómo se han tardado!

*Mario.*

No son todavía las doce.

*Angela.*

¿Toño?

*Mario.*

Lo invitaron a cenar unos amigos. Me encargó que viniera por ti y te llevara a casa de una vez para no desvelar tanto a Luz.

*Angela.*

Ahora quién sabe hasta qué horas se queda por allá.

*Mario.*

¿Estás lista?

*Angela.*

Sí, vámonos. Ya, es muy tarde y nos van a coger aquí los diluvios.

*Elena.*

No.-Mario tiene que tomar una taza de té.

*Mario.*

¡Ah! Por supuesto. *Va a sentarse en la silla donde está el traje.*

Luz, Angela y Elena *dan a la vez un grito agudísimo.*

¡Cuidado! ¡Mario!

*Mario.*

*Desconcertado.* ¿Qué pasa?

*Luz.*

¡El traje!

*Mario.*

.La verdad. He estado a punto de cometer una profanación. Debí tener presente que, cuando ustedes tres se hallan reunidas, hay siempre un traje de por medio.

*Elena.*

No diga palabras ociosas... Siéntese aquí, Mario.  
*Le abre campo cerca a la mesa.*

*Mario.*

Gracias, Elena. *Se sienta.*

*Angela.*

¿No viste con qué amigos se fue Toño?

*Mario.*

No los conozco.

*Elena.*

*Sirviéndole ella misma el té.* Usted me dice cuánto.

*Mario.*

Suficiente.

*Angela.*

Ahora me voy a quedar esperando a Toño toda la noche.

*Mario.*

¿Que necesidad hay de que lo esperes?

*Angela.*

Mientras él no llegue, no cierro los ojos.

*Mario.*

Te amargas la vida, por *tu* gusto.

*Elena.*

Angela es la. mujer más celosa que he conocido.

*Luz.*

Nó te afanes.

*Mario.*

No tienes por qué afanarte. tu misma vives proclamando que es un santo.

*Angela.*

Yo sé que Toño es incapaz de cometer la menor falta.

*Mario*

Entonces... ¿por qué te preocupas?

*Angela.*

Porque lo inducen los amigos á jugar lo que no tiene y a tomar y a.... Bueno: que no me gusta que se trasnoche.

*Mario.*

Si su santidad tiene aspectos dudosos, con esperarlo en vela toda la noche no remedias nada. Vé a buscarlo y sírvele de ángel guardián.

*Angela.*

Ya empieza usted con sus absurdos. Respete siquiera que está en casa de Luz. Voy a ponerme el abrigo para que nos vayamos, porque de lo contrario....

*Mutis de Luz y Angela.*

*Elena.*

¿Otra taza, Mario?

*Mario.*

Por supuesto.

*Elena.*

¿Leche?

*Mario.*

Dos gólicas.... Basta.... Demasiado.

*Elena.*

Mario: tiene usted a Angela muy afligida.

*Mario.*

¿Por qué?

*Elena.*

Por ese viaje descabellado. ¡Qué loco es usted! No hace tres meses que regresó y ya está impaciente por irse otra vez.

*Mario.*

*Mario.*

Me asfixia esta vida monótona, en la que no puede haber otra cosa  
que oír el ruido de campanas grandes y de pequeñas  
discusiones políticas.

*Elena.*

¿No afirmaba usted antes que Bogotá tenía su encanto?

*Mario.*

Sí. El encanto de lo que se va quedando atrás; el de  
aquellos aposentos olvidados de casa solariega, llenos de  
penumbra y de telarañas.

*Elena.*

¡Cuánto mejor que no hubiera usted regresado!

*Mario.*

**La verdad, porque ahora llevo conmigo un nuevo desencanto. Cuando hui la primera vez, era todavía un ciego; no tuve tiempo de ver como ahora la injusticia hipocresía de nuestros convencionalismos.**

*Elena.*

**Si ese mal pudiera enmendarse...**

*Mario*

**Se puede. La vida es un camino de perfección. Hay algo puro en la mezquindad de nuestra existencia, y es el amor al porvenir, la esperanza y la lucha por un orden de cosas menos injusto.**

*Elena.*

**Luche usted por él aquí.**

*Mario*

**Aquí me estrello inútilmente contra el fanatismo de tantos corazones  
Que veneran la injusticia creyendo que ha salido de manos de Dios.**

*Elena.*

**Entonces, ... ¿no volverá usted ya?**

*Mario.*

**No sé. Quizá dentro de muchos años cuando usted y yo nos riamos de vernos tan viejos.**

*Elena.*

Por lo visto nada le importan a usted los afectos que aquí deja. Usted no tiene corazón.

*Mario.*

Lo tengo tan pequeño, a Dios gracias, que no me estorba.

*Elena.*

Cómo quisiera ser usted, Mario.

*Mario.*

¿Para qué?

*Elena.*

Para poder huir también.... lejos.

*Mario.*

¿A dónde?

*Elena.*

Al azar también, a donde pudiera gritar todo lo que siento sin que nadie me lo criticara. Aquí verdaderamente todo está en contra nuestra.... Es injusto que ni siquiera podamos decirle a un hombre que lo queremos.

*Mario.*

¡Pobre Elena! *Le acaricia la mano*, ... Usted es como todas nuestras mujeres, que han nacido para el amor, y se les niega el derecho a luchar por él. Muchas veces lo ve alejarse para siempre sin atreverse a proferir palabra, acaban por entregarse a un hombre que no aman para besarlo con los ojos cerrados, pensando en el que se fue, en el que adoraron y tal vez aún adoran en silencio.

¡Qué distinto y qué lleno de amor estaría el mundo si la

dejaran perseguir sus sueños! .... ¡Pobre Elena!

*Elena.*

***Tomando entre sus manos las de Mario y acariciándolas  
disimuladamente***

¡Qué manos tan descuidadas!

*Mario,*

Se halla usted commovida, Elena. Quizá he puesto  
dedo en la llaga.... Usted ha comenzado a vivir, como todas  
nuestras mujeres, amando en silencio... Confiese la verdad.

*Elena.*

¿Qué verdad?

*Mario,*

La que tiene escondida, en su corazón. Usted quiere a  
alguien.

*Elena*

Sí....

*Mario.*

¿De qué color tiene los ojos? ¿Azules?

*Elena.*

Sonriendo. No.

*Mario*

¿Pardos?

*Elena.*

No.

*Mario.*

¿Negros?

*Elena.*

Tal vez.... No me he fijado bien.

*Mario.*

Mire usted: yo tengo los ojos negros....

*Elena.*

A usted no, no, no. ¿Usted? ¡Qué horror! Con esas ideas tan malas

¿quién puede quererlo? Imposible. Ja, ja, ja....

*Al reír Elena, huye instantáneamente la emoción de Mario, que suelta las manos de ella y asume una actitud de indiferencia.*

*Elena.*

Asomándose al balcón. que noche tan oscura!

*Pausa... Y lloviendo... Pausa... ¿Por qué está usted tan callado, Mario?*

*Mario.*

Me tiene impaciente la demora de mamá. **Ya es muy tarde,**

*Elena.*

Déjelas usted despedirse en paz.... Venga acá. *Voy a tocar música triste, de la que a usted le gusta.*

*Mario.*

**Siguiéndola. Toque usted a Calvo.**

*Mutis de los dos.... Queda la escena sola un momento....*

*Comienza a oírse dentro, delicadísimamente, el Intermezzo No 1 de Luis A. Calvo.*

Angela y Luz regresan por el lado opuesto.

La música, prolongada durante esta escena, degenera intervalos en un tecleo perezoso, como si la atención de la ejecutante huyera a otro sitio, y se renueva con otras piezas.

*Angela.*

Tú no has debido callarme esto. ¿No era yo acaso amiga de corazón?

*Luz.*

Yo no me atrevía a dejar comprender en lo más mínimo mi pena. Callar era mi obligación, porque yo no debía desacreditar a Gustavo. Sólo a veces me acometía vivo deseo de hablar, de desahogarme con alguien

*Angela.*

¿Y vacilaste en hacerlo conmigo?

*Luz.*

Me parecía que aun confesándotelo a ti había de saberlo luego todo el mundo; que yo inspiraría lástima, que muchas personas se alegrarían de mi desgracia... ¡Oh nunca! Antes que verme a los ojos de los demás en posición falsa, hubiera preferido soportar un infierno dentro de mí.

*Angela.*

¿Tan poca confianza me tienes?

*Luz*

Hubiera querido morir sin haber dicho una palabra pero fue tal la desolación que sentí hoy al verme tan despreciada en mi sacrificio, tan burlada en mi cariño, que...

*Angela.*

Nunca creí que Gustavo llegara a ese extremo.

*Luz.*

**El siempre ha sido así. No puedo menos de confesártelo todo. El primer desengaño lo tuve a los ocho días dé casada.**

*Angela.*

**¿A los ocho días? Cubriéndose la cara. ¡Que hombres Dios mío; qué hombres!**

*Luz.*

**Soy la mujer de que Mario habla, la pobre mujer indefensa que gasta su juventud en atraer al hombre hacia Dios para que el hombre se ría de Dios y la haga esclava de sus pasiones.**

*Angela.*

**No todos son así. Toño, por ejemplo, es muy distinto, un hombre modelo.**

*Luz.*

**Pero Gustavo.... Cuando me enamoré de él me propuse infundirle mi fe. El fingió creer para no disgustarme. Juntos recibimos a Dios muchas veces y cuando fui al altar yo estaba segura de ir a la felicidad de qué Dios nos ataba en verdad con un vínculo dé que solo la muerte podría destruir. Imagina cual sería mi desengaño cuando en mi propia casa se presenta una mujer perdida y me insulta descaradamente asegurando qué tiene más derecho que yo sobre mi esposo, que yo he ido a robárselo. ¡A robárselo!**

*Angela.*

**¡Qué horror!**

*Luz.*

**Aquel golpe no sé cómo no me mató. Fue tan terrible mi desengaño que me vino una fiebre violenta. Estuve de muerte, como recordarás.**

*Angela.*

**Sí, recuerdo. Pobrecita.**

*Luz.*

**Fui a mi confesor en busca de consuelo. El me había dicho antes que con amor atrajera a Gustavo hacia Dios. Al saber mi fracaso me ordenó que sufriera, que callara, que le atrajera por medio del sacrificio. Nuestra unión convencional debía aparecer a los ojos de todos como un hogar modelo y cristiano.... Buscaba yo ese vínculo indisoluble con que Dios nos había ligado, sin encontrar entre nosotros más que indiferencia, obligaciones cumplidas de mala gana, despecho contenido, esperanzas despedazadas.... Gustavo me pareció un ser indigno de mi cariño. Casi puedo decir que le odié.... Sí, le odié, y al mismo tiempo tuve que quererlo, porque yo necesitaba amor, y el mundo sólo me concedía derecho a querer a ese hombre, a beber en mi sed únicamente esa agua sucia... El vínculo que nos unía era repugnante, no podía ser un vínculo impuesto por Dios.**

*Angela.*

**¡Calla! ¡Qué dices!**

*Luz.*

**Eso me vive diciendo el confesor: calla, sufre, sufre y calla... Y callando y sufriendo he vivido veinte años, Angela, veinte años.**

*Angela.*

Tú debiste imponértele a Gustavo desde un principio.

*Luz.*

Tuve terror de hacerlo, porque iba ser madre. Mi hija necesitaba un hogar, y yo tenía que dárselo; y para dárselo era preciso que pasaran los años en un eterno sufrimiento, en una desolación infinita.

*Angela.*

y ¿estás segura de que ahora? ....

*Luz.*

He visto todo con mis propios ojos. He seguido a Gustavo.

*Angela.*

No debiste hacer eso.

*Luz.*

Quería apurar mi desgracia hasta las heces, aturdirme con ella.... Los he visto juntos, y te confieso que sentí celos desesperantes; que hubiera querido descender a la plebe para tener derecho a ser sincera y disputarle cuerpo a cuerpo a esa mujercilla lo que me ha robado. siempre, lo que me está robando.... Esto no tiene remedio. Angela.... ¡Pobrecita Elena, ¡ Qué mundo la espera!

*Angela.*

Tan feliz como yo te creía....

*Luz.*

Feliz.... Así hay muchos hogares felices. Se llaman Cristianos y viven llenos de vanidad y egoísmo disfrutando una holgura hecha a costa del trabajo ajeno levantado sobre el dolor de un prójimo que ellos mismos desprecian...-

Y lo que está hecho con dolor tiene que ser siempre dolor....  
Tú debes darle gracias a Dios, Ángela.

\*. *Angela.*

Va no tengo cómo manifestarle a Dios mi agradecimiento. El nos habrá negado bienes materiales, pero felices sí nos ha hecho. Toño ha jugado en sus horas malas y le tiene también alguna afición a la bebida; pero en punto a moralidad es un hombre intachable.

*Luz.*

Se ha parado un auto en la puerta.

*Angela.*

*Asomándose al balcón.* ¡Es Gustavo:

*Luz.*

Raro que haya venido tan temprano.

*Angela.*

*Querrá saludarte.... Ay. Llega con Toño. El pobre ¡no pudo prescindir de venir por mí.*

*Luz.*

*¿Se me nota que he llorado?*

*Angela.*

*Si. ven acá.*

*Mutis de Angela y Luz.... La música continúa sonando suave y tristemente.... Entran por el foro Gustavo y Toño.*

*Toño.*

*No se han ido todavía.*

*Gustavo.*

**No.** Allí está Mario oyendo tocar a Elenita.

*Toño.*

**Te** lo advertí. Por esa razón no quería entrar. Se nos aguó la fiesta. Ahora tengo que irme para casa quiera o no quiera.

*Gustavo.*

Sal y espérame en el auto.

*Toño.*

Ya nos vieron desde el balcón.

*Gustavo*

Entonces inventa cualquier disculpa. **Di que vamos al club.**

*Toño.*

No creas. Con mi mujer **no hay disculpas que valgan.**

*Gustavo.*

Entonces no des disculpa. Te vienes **conmigo, no hay que acostumbrar a la mujer a tomarnos cuenta de lo que hacemos.** Cumpla yo aquí con mis **obligaciones y a Luz** nada le importa lo que yo haga de puertas para afuera.

*Toño.*

Eso es Luz; pero mi mujer... **Ella, con tal de que yo no respire de puertas para fuera, aunque no haga nada de puertas para dentro.**

*Gustavo.*

**Cómo le vas a dejar metida la cena a Tutú, después de que les aseguramos volver a los pocos momentos y ella cuenta contigo.**

*Toño.*

**Discúlpame de cualquier modo. Vas a convencerte de que me es imposible emanciparme ya. Tengo después a mi mujer llorando un año entero, en un humor insopportable.**

*Gustavo.*

**Pues que llore. El día en que Luz me haga eso dejo de venir por espacio de dos años y te aseguro que a mi regreso la encuentro hecha una seda.**

*Toño.*

**¿Se me nota que he tomado?**

*Gustavo.*

**Toma un chicle.**

**Regresa Mario. La música se interrumpe bruscamente.**

*Mario.*

**No te esperábamos, papá. Si llegas dos minutos más tarde no nos encuentras.**

*Gustavo.*

**Me dice Toño que te vas dentro de quince días.**

*Mario.*

**Sí.**

*Gustavo.*

**Haces bien. Este medio no es para ti.**

**Regresan Angela y Luz,**

*Angela.*

**Toñito**, mi rey: ¿no pudiste prescindir de venir por mí? El sin mí no está contento en ninguna parte, ¿no es cierto? Lo besa.

*Toño.*

Mario: pide un coche.

*Gustavo.*

No hay necesidad. Váyanse en mi automóvil. Yo los esperaré aquí.

*Luz.*

¿Sales de nuevo?

*Gustavo.*

Tengo un compromiso en el club. A propósito, se trata de una cena que me dan varios amigos. Vénte conmigo, Toño.

*Angela.*

No, Toño. No te vayas ahora. Ya es muy tarde.

*Gustavo.*

*Irónicamente*. El sólo espera a que Angela le otorgue su venia.

*Angela.*

Yo no mando en él, Gustavo. Si él quiere acompañarlo a usted, por mi parte no hay inconveniente.

*Toño.*

Oye: dejémoslo para otra noche, porque hoy... Mañana tengo mucho recargo de trabajo y.... te lo confieso

francamente: no estoy en temple.

*Angela.*

Sí. Ya está muy tarde.

*Mario.*

Van a ser las doce.

*Angela.*

que horror' Acabaremos por amanecer aquí. Hasta mañana, querida. ¿Te espero en casa?

*Luz.*

Sí.

.

*Angela.*

Me parece rico. Iremos juntas al sermón de la catedral.

*Gustavo.*

*Aparte a Toño.* ¿Te esperamos? ¿Vuelves a salir?

*Toño.*

Ya ni un milagro me saca del lecho nupcial.

*Angela.*

Adiós, Gustavo. Gracias por su atención.

*Despedidas.*

Elena.... Elenita.... Adiós.... Hace un momento estaba tocando piano.... ;Elenitaaa! .... Me despides de ella.... Vamos, Toñito, mi vida.

*Toño.*

No salgan ustedes. Adiós, adiós.

*Mutis de Angela, Toño y Mario por el foro.*

*Pausa.*

*Gustavo.*

¡Qué horrible está la noche!

*Luz.*

Hay noches verdaderamente horribles, sí.

*Gustavo.*

Si no fuera por el compromiso me quedaba en casa.

Volveré antes de las dos. Es una invitación de....

*Luz.*

Si no te lo estoy preguntando. Puedes irte y regresar cuando quieras...

~

*Gustavo.*

Lo digo porque.... para que no te impacientes.

*Luz.*

¿Para que no me impaciente? ¡Qué voy a impacientarme!

***Me quedo siempre tan tranquila aquí sola....Estoy tan acostumbrada a la soledad....***

*Gustavo.*

***¡El pobre Toño! Quería venir conmigo. Es demasiado pusilánime. Angela le domina mucho.***

*Luz.*

No. Ella no le domina. Lo que pasa es que Toño siquiera sabe ocultarle a la mujer sus debilidades. Otras a la fuerza han de volverse insensibles, disimular todas las ofensas, todas las humillaciones, todos los engaños...

Hay mujeres que si por la fe en Dios no tuvieran fortaleza

para sufrir, no sé quéería de ellas.

*Gustavo.*

Lo dices en tono satírico, como si quisieras darme a entender que vivó engañándote y humillándote y....

*Luz.*

Irónicamente. ¡No! ¡Nunca! ¡Qué voy a pensar siquiera en semejante monstruosidad! Tú eres un esposo modelo, incapaz de hacerme la menor ofensa.... ¡Eso nunca! ....

Hablo de otras, de otras mujeres que han nacido para vegetar y ser tratadas y burladas como niños; mujeres que dan a un hombre todo su corazón y consagran a él su vida entera, para verse luego reducidas a un mueble de lujo, que se luce por convención social.

*Gustavo.*

*Burlonamente.* Hablemos claro: ¿todo eso se dirige a mí?

*Luz.*

¡No! ¡Qué ocurrencia! Te empeñas en que has de ser tú así. Tú, por el contrario, me abrumas, no puedes vivir sin mí un momento, sin tu hija tampoco. Cualquier fecha memorable para tu hogar no puede causarte mayor interés.

*Gustavo.*

¡Ah! ¡Comprendo! ¡Irónica! ¡Irónica! Ja, ja, ja... ¿Crees que fue olvido el no haber venido en toda la tarde?...No tuve la culpa.

Al notar el pésimo efecto de sus palabras cambia el tono festivo por uno áspero.

Oye: dejas ese aspecto de niña regañada o me retiro en

este momento y no me vuelves a ver la cara en quince días.  
¿Entendidos? ¿Eh?... Ya sabes que no me gustan tus  
nervios, ¿Entendidos?

*Luz.*

Nosotros siempre nos hemos entendido muy bien.

*Gustavo.*

Ven acá.... Acércate.... Voy a contentarte, ¿eh? ¿Qué  
apostamos a que te contentas?

*Gustavo aproxima su silla a la de Luz; saca del bolsillo un  
pequeño estuche y lo abre.*

¿Te gusta?

*Luz.*

Secamente. Muy bonito.

*Gustavo.*

Ja, ja, ja.... ¿A que si fuera tuyo te parecería mejor? ¿Eh? ....  
Pues es el regalo de hoy. Los veinte años.... Póntelo.

*Luz.*

*Iracunda, poniéndose en pie. ¡No! ¡No quiero! Le raja la  
joya y la arroja al suelo.*

¡No quiero más diamantes! ¡No quiero más piedras! ¡No!

*Gustavo.*

Te he dicho, Luz, que no deseo escándalos hoy.

*Luz.*

No quiero más crímenes. Cada piedra de esas es un crimen.  
Debían dejarlas donde Dios las puso.

*Gustavo.*

Si sigues me salgo inmediatamente y duro un mes fuera de casa....

*Luz.*

Puedes irte. Yo también saldré en este momento, antes que tú. Quedará libre tu casa.

*Gustavo.*

Ja, ja, ja....

*Luz.*

No faltarán mujeres que llenen el puesto que dejo, que es por cierto insignificante.

*Gustavo.*

Aclaremos el asunto, pues. Tú te imaginas que ahora, en vez de irme para el club....

*Luz.*

Nada necesito imaginar, porque sé la verdad.

*Gustavo.*

¿Qué verdad?

*Luz.*

La de siempre; la de que soy para ti un ser en quien nunca has encontrado los atractivos que tienes que ir a buscar fuera.

*Gustavo.*

Y vuelta con el tema de siempre. Pero ten un poco de sentido común. ¿Acaso no crees en mi palabra?

*Luz.*

Tú no tienes palabra. Inventaste como siempre un recurso para engañarme. Lo hiciste con más precaución que otras veces. ¡Ya lo creo! El médico te dijo que me estaba agotando la pena. Te remordió algo la conciencia. Pero ya no me engañas tan fácilmente.

*Gustavo.*

¿Qué pruebas tienes para decir eso?

*Luz.*

Todas las que quieras. Te he visto con ella ayer mismo.... hoy mismo. Has pasado allá todo el día, porque nada te importaba venir a poner en tu hogar un poco de ternura, a aparentarla siquiera para que tu hija no se entere de que somos tan poca cosa para ti....

*Gustavo.*

¿De manera que tú me espías? ¡Muy distinguido! ¡Digno proceder de una señora! ¡Rebajarse hasta allá!

*Luz.*

Algún derecho he de tener, aunque sea ver con mis propios ojos hasta dónde has llegado tú a rebajarte.

*Gustavo.*

*Pero Luz:* es ridículo.

*Luz.* ,

¿Ridículo qué?

*Gustavo.*

Que te pongas a sentir celos de una mujer así. ¿Cómo vas a

compararte con ella? ¿Cómo vas a comparar la estimación que te tengo con el atractivo de una mujer cualquiera?

*Luz.*

De modo que en ti hay dos afectos: uno elevado por mi y otro bajo por ella; pero el bajo es el que te domina, luego tú eres un hombre bajo.

*Gustavo.*

Bien. No discutamos más. Quedamos en eso. Soy un hombre bajo. Hago lo que me agrada. ¿Entendidos?

*Luz.*

¿Qué dirías si yo hiciera también lo que me agradara, pasando las horas muy tranquila.... en compañía de un extraño?

*Gustavo.*

¡Hazlo! ¿Por qué no lo haces? ¿Quieres que lo llame? Ja, ja, ja....

*Luz.*

Te ríes porque bien sabes que no lo haré. Pero no porque tengas fe en mí, sino porque las mujeres honradas llevamos Una soga al cuello. Tú vives sin moralidad; y como temes que yo haga lo mismo, dejas tu puerta bien guardada: pones en ella a la sociedad con su rigorismo hipócrita, lista siempre a lanzar el oprobio sobre mí y sobre mí hija.

*Gustavo.*

No seas cándida. No discutamos más, que esto a nada conduce. Suponte que todo sea cierto, y que haya más aún. Hago mi voluntad. Tú no tendrás queja respecto a mis deberes. Nada te falta. Lo demás no es cuenta tuya.

*Luz.*

¡Nada me falta! Pero... ¿eres tú quién se atreve a decir ahora que nada me falta? ¿Soy acaso una piedra como ésta, que no tiene más misión que brillar? ¿Dónde está el amor que me ofreciste, que juraste darme **siempre**?

*Gustavo.*

*Burlonamente.* ¡Que niña ésta más loca! ¿Crees moverme a otra cosa que a risa? ¿Pretenderás saber ahora eso más que yo? Ja, ja, ja.... Eres una niña.... La acaricia. ¡Una niña loca!

*Luz.*

Rechazándolo furiosamente. Loca, **Si.** ¡Loca! ¡Canalla!

*Gustavo.*

¿Qué significa este escándalo?

*Luz.*

¡Canalla! ¡Cínico!

*Gustavo.*

Punto final. Tú eres para mí mucho, pero **en lo que toca a mi libertad** no tienes por qué entrometerte. No creo que por el simple hecho de ser tu esposo voy a reducirme a clausura. Comprende que alguna **expansión** debo tener.

*Luz.*

¿Porqué no he de tenerla yo entonces?

*Gustavo.*

Es distinto. Tú eres mujer.

*Luz.*

Dices bien. Soy mujer, esclava, cosa sin **derecho a sentir** ni

a defender sus sentimientos. Tenemos un alma grande y ustedes quieren empequeñecerla, amoldarla a sus caprichos corrompidos.

*Gustavo*

Escucha....

*Luz.*

Para mí la moralidad es una tiranía; para ti ni siquiera una norma, porque tú eres el árbitro, la moralidad misma.... Pero algún día tendrán ustedes los hombres que morderse los labios en silencio, como lo hacemos muchas hoy. Algun día, cansadas las mujeres de tanto rigor, se reirán de ustedes, les arrojarán a la cara sus convencionalismos. ¡Cobardes!

*Rompe a llorar con sollozos entrecortados, llenos de agitación y de ira, que va dominando poco a poco. Gustavo en tanto permanece imperturbable y puede que también algo divertido....*

*Para él es una niña la que hablo.... Se oye la bocina del auto. Gustavo.*

Ya está ahí el automóvil.

*Luz.*

¿Qué esperas? ¿Necesitas algo?

*Gustavo*

Nada, gracias. Recogiendo la joya. Y esto, ... puede que haya quien lo aprecie mejor, eh? .... ¿Entendidos? .... Hasta luego.

*Luz*

Hasta luego.

*Mutis de Gustavo por el foro. A poco se oyen la bocina y el ruido del auto que parte...*

*Luz apaga los bombillos y queda extática en mitad de la*

*escena, como si una idea repentina diese rigidez a todos sus miembros; luego se acerca con resolución a un cofrecito, saca de él un frasco pequeño y trata repetidas veces de llevarlo a los labios sin atreverse a beberlo. Por último desiste de su propósito se sienta y rompe nuevamente a llorar con la cabeza entre sus brazos.*

*Aparece una sombra que adelanta hacia Luz...Es Elena...  
Luz.*

*Sobresaltada.*

*¿Quién está ahí?*

*Elena.*

*Llegando a ella. Yo, mamá.*

*Luz.*

*¿Qué haces levantada a esta hora?*

*Elena.*

*¿Y tú? .... Te arde la frente.... Se te ha caído algo al suelo. Se arrodilla.*

*Luz.*

*Déjalo. Es una medicina.*

*Elena.*

*¿Estás enferma? .... Mamá.... Mamacita.... Llora.*

*Luz.*

*¿Qué tienes, pobrecita mía?*

*Elena.*

*Que no puedo dormir*

*Luz.*

*Ya sé lo que te pasa.... Quieres a Mario....*

*Elena*

*¡Lo quiero con toda mi alma...! pero él no me quiere, se va....*

*No lo volveré a ver nunca tal vez.... No sé que hacer...*

*Luz.*

*Acariciándola y hablando con sollozos entrecortados.*

**pobrecita! ...olvídalo.... Los hombres.... no merecen.... que  
se llore por ellos  
*pitos...***























1

Comentado [AO1]: Imposible descartar páginas en blanco

Comentado [AO2R1]:





